



Los sábados de Andrés Sabella.

"Obra Gruesa" de Nicanor Parra

★ A Nicanor Parra lo recuerdo, allá, en la Alameda de las Delicias, una tarde de 1938, cuando parecía avanzar sobre la ola de un romance. Ya se notaba en su frente que esa plaza sería de toros, unos alegres toros que le faltarían el respeto a las banderillas, a las espadas y a los toreros. En esta plaza, actualmente, lidian los toros-poemas y los toros-anti-poemas, ensangrentando los ojos del tranquilo pesador de lágrimas de paloma. Nicanor Parra resulta el gran destripador de los que cuentan, celosamente, sus hojas de oliva; sus poesías andan libres, gozosas, deliciosas en su diafanidad, vigorosas en su humor, acercando al hombre y al poeta, obligándolos a traspasarse latidos y a confundirse en el airón de la gracia:

**"El poeta es un hombre como todos
Un albañil que construye su muro:
Un constructor de puertas y ventanas", (1)**

Como Maiakovski, Parra piensa "que la poesía es un trabajo" y que el poeta no posee ni un par de alas ocultas a la espalda, ni un rostro cada veinticuatro horas, porque no es sino esto, absolutamente, simple y maravilloso: un hombre en medio del mundo para ayudar a los hombres al descubrimiento de aquella "muchacha rodeada de espigas", la poesía (2). En este trabajo se ha de precipitar sin temores ni guantes de hospital clínico, humildemente, decidido a golpear la cabeza del clavo maestro, sin equivocarse el golpe:

**"Los resplandores de la poesía
Deben llegar a todos por igual
La poesía alcanza para todos", (3)**

Desnudó a la poesía, como Juan Ramón, pero con otras manos y, como Juan Ramón, sufrió por "superar la página en blanco", (4), pista del más peligroso de los skies, los que desnucan hasta a nuestro fantasma. Parra fue quitándole a la señorita poesía todos los trapitos al sol...

"La tempestad si no es sublime aburre", (5)

Del brazo de la poesía en cueros, sin afeites, collares ni mariposas, avanza por las calles, se sienta encima de la nariz de la ley, pide lunas prestadas a los niños, conversa con los bebedores y con sus vasos, se titula de gnomo de las fuentes de soda y, a veces, le pasa tigre por guitarra a los que insisten en pedir la jubilación del soneto.

**"Yo no permito que nadie me diga
Que no comprende los antipoemas
Todos deben reír a carcajadas.**

**Por eso me rompo la cabeza
para llegar al alma del lector.**

**Déjense de preguntas.
En el lecho de muerte
Cada uno se rasca con sus uñas.**

**Además una cosa:
Yo no tengo ningún inconveniente
En meterme en camisa de once varas", (6)**

De repente, en el fondo chacolí de sus versos gran los viejos run-runes, bailan doncellas y jubilados, salta un muchachito del charco de agua al charco del sol. Parra, podador de muchas zarandajas que maniatan a la palabra humana, se alborozaba cuando se penetra a la casa de su poesía, por la puerta y no por los tejados, diciéndole, sencillamente:

—¡Hola, Nicanor!— y nos embriagamos de cotidianidad en sus estrofas, donde "la sustancia de Chillán" gotea, espléndidamente, donde la luz de su ingenio chileno se vuelve taconeado de cueca, y las consonancias y asonancias deciden darse de bofetadas:

**"Yo no soy de Coihueco
Soy de Niblinto
Donde los huasos mascan
El vino tinto.**

**"Yo nací en Portezuelo
Me crié en Ñanco
Donde los pacos nadan
En vino blanco", (7)**

En su antología de hoy, esta "Obra Gruesa" en cuyas murallas se trizarán innumerables cabezas de ángeles y angelicones, empecinados en echarla abajo, Nicanor Parra es el hombre-poeta, el hombre con la vida y la muerte atada a los pantalones, ("La muerte no respeta ni a los humoristas de buena ley", pág. 248). Su Anti-Poema se define en palabras que huelen, exactamente, a mujeres vencidas por varón.

(1) Pág. 211, de "Obra Gruesa", Editorial "Universitaria S. A."

(2) Pág. 212.

(3) Pág. 214.

(4) Pág. 228.

(5) Pág. 112.

(6) Pág. 87.

(7) Pág. 77.